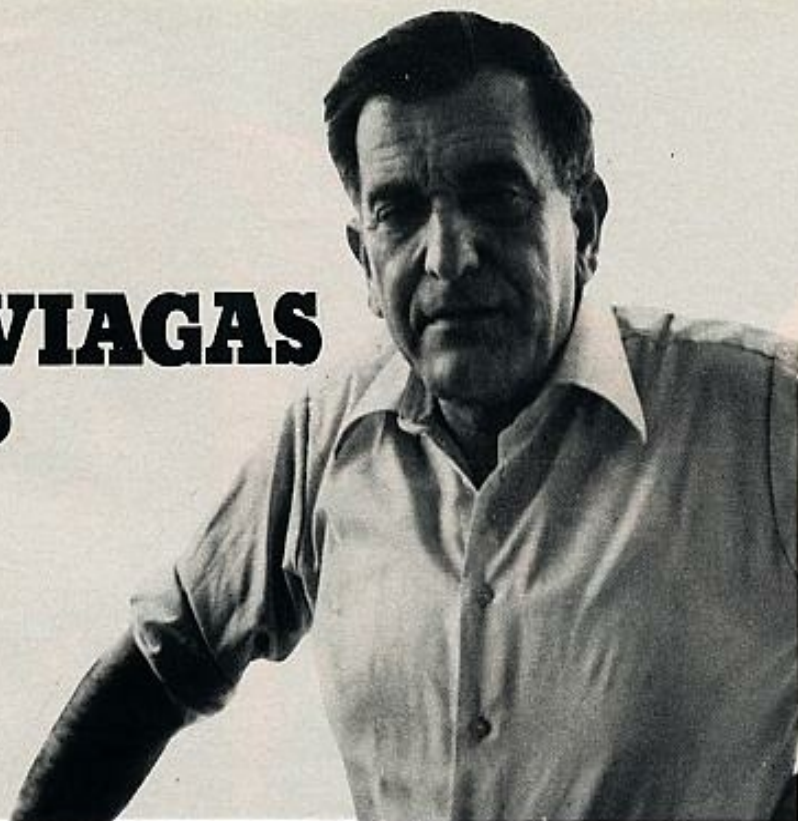


PLACIDO FERNANDEZ VIAGAS

Un magistrado rebelde, presidente de la Junta de Andalucía



A. RAMOS ESPEJO

PLACIDO Fernández Viagas nació en 1924, en Tánger, nieto de andaluces de Estepona y Barbate. Educado primero en el Liceo Francés y en un colegio de los padres franciscanos, pasa a los dieciséis años a estudiar Derecho a Sevilla. Se considera un niño de la guerra. Un niño de derechas que evoluciona desde el ejercicio de su profesión hasta llegar a conjugar su testimonio de hombre que se proclama profundamente cristiano con el socialismo. Pero, hasta llegar a ese paso, Fernández Viagas pasa por sucesivos procesos. "Tardé muchísimo tiempo —nos dice— en considerarme enemigo del sistema, en situación de rebeldía, aunque ya me llamaban rojo. Pero es que eso se lo llamaban a todo el mundo. Pero yo no me sentiría rebelde hasta bastante después, es decir, a medida que avanza la década de los años cincuenta.

"Para mí fue determinante el momento del segundo referéndum. Porque los niños de la guerra teníamos la sensación de que todo aquello era provisional y que el sistema saldría por sí solo y que era nuestra generación la que estaba llamada a cambiarlo. Pero a nuestra generación la machacaron, no ha existido en la vida española, salvo los pocos que generacionalmente la traicionaron y se pasaron a la otra orilla. No existió esa posibilidad y es en el año 66 cuando nosotros nos damos cuenta de que lo que hasta entonces había sido una muy prolongada provisionalidad, porque el sistema nunca había sentado sus leyes para perpetuarse, aunque sí lo había intentado en la práctica, se iba a institucionalizar la dictadura. Es decir, a hacer una apariencia de constitucionalidad. Nos damos perfectamente cuenta del chantaje. A partir de ese momento, yo me considero que debo y

El que va a ser el presidente de la Junta de Andalucía, Plácido Fernández Viagas, es un hombre temperamental, que ha llegado al socialismo por la vía vivencial, de rebeldía contra el sistema, acercándose paso a paso a la realidad del pueblo andaluz. Pocos andaluces gozan hoy de tan amplio consenso en toda la izquierda, e incluso en sectores de la derecha, como este personaje que ha dado un difícil testimonio desde los tiempos duros de la clandestinidad. Es verdad que Fernández Viagas al romper aquello que se llama sagrada independencia perdió en simpatías. El juez demócrata, represaliado, ya no representa al personaje de todos, sino a un hombre de partido, del PSOE. De eso él mismo es consciente. Aun así, el senador socialista no deja de ser un hombre respetado por comunistas, socialistas y ucedistas. Cuando lo entrevistamos en su casa de Sevilla, donde vive con su esposa, Elisa, y nada menos que once hijos, nos dice que a él no le va a gustar este cargo de presidente por aquello del protocolo, que es visceralmente antiprotocolario y que para este puesto hubiera sido mejor nombrar a otros compañeros, como Alfonso Guerra, Escudero, Vida Soria... Y hace constar que sus declaraciones son todavía en función de parlamentario, que hasta que no sea nombrado oficialmente no puede hacer declaraciones como presidente. Pero, no hay duda. Y el 27 de este mismo mes, Plácido Fernández Viagas, aquel rebelde magistrado, expedientado por el franquismo, fundador con otros compañeros de Justicia Democrática, va a ser el primer presidente del Gobierno andaluz.

puedo actuar de guerrillero y servirme de las migajas de poder que tenemos para actuar a nivel testimonial".

Su llegada a Sevilla en 1970, año del estado de excepción, es determinante para Fernández Viagas. Tiene problemas a diario, cuando se niega a dar mandamientos de registro. Al juez don Plácido le intervienen entonces el teléfono. Y eso ya es el colmo y el agua que rebosa el vaso de rebeldía. Durante dos meses y medio es separado de su puesto. Se le hace, como él mismo confiesa, la vida imposible. Pero ya el muro de la dictadura empieza a resquebrajarse. Participa, como miembro de Justicia Democrática, en los organismos unitarios de la oposición. Y entra de lleno en la lucha política de la resistencia. "En el momento de meterme bien adentro —dice—, yo me sentí muy de izquierdas. Incluso mi entrada en el PSOE no ha sido un paso hacia la izquierda, sino quizá hasta al contrario".

Plácido Fernández Viagas entra, como independiente, en la candidatura al Senado, promovida por el PSOE. Y es el senador que más votos consigue. Cuando acaba la campaña electoral y se reúnen para celebrar la victoria elec-

toral, a Plácido se le pregunta en aquel almuerzo por qué no es del PSOE y dice que si lo que hace falta es poner una póliza, pues que entonces sí, que la pone. Y así entra en el PSOE, el magistrado rebelde, independiente hasta entonces, disputado por todos los partidos de la izquierda (PCE, PSA, PSOE, etc.) y es lógico que en ese momento estos partidos se decepcionaran al ver cómo un luchador de todos, del pueblo andaluz, tomaba partido.

Socialista, no socialdemócrata

Después de contarnos un poco su evolución política, hablamos con Fernández Viagas de otra serie de temas con una sinceridad que a veces le traiciona y deja al descubierto las contradicciones propias de un hombre, que ideológicamente no se siente seguro de sí mismo, porque todavía está en plena evolución el niño de la derecha sociológica de la guerra y el magistrado que ha llegado al socialismo al contemplar tanta manipulación e injusticia.

—¿Se considera marxista?

—Yo no me considero dogmáti-

co. Yo es que veo que hasta la gente de la derecha utiliza la terminología marxista. Marx forma parte totalmente de la cultura actual. Por otra parte, nosotros aplicamos, y esto es bueno, el análisis crítico de la realidad de la Historia. Ahora, para mí el marxismo no es un dogma absoluto. Yo, si me tuviera que definir, pues sí, me definiría marxista. Es más, si me preguntan si me siento halagado de ser marxista, pues diría que sí y me sentiría dolido si fuera lo contrario, pues para algo uno es rojo.

—¿Socialista o socialdemócrata?

—No... Así como en lo de marxista, por ejemplo, habría que matizar más, porque además con el hecho de ser también cristiano a lo mejor no se entiende muy bien (yo, en fin, hago mi síntesis dentro de mí), pero en cuanto a lo socialista o socialdemócrata, por supuesto, socialista. Claro que no es lo mismo llamarse socialdemócrata en España que en otro país europeo. Eso que decimos que los socialdemócratas están tan integrados y absorbidos, en algunos de esos países los programas socialdemócratas son rojazos. Soy socialista, indiscutiblemente.

"Me declaro no andalucista"

—¿Cuánto sintió usted la vena del andalucismo?

—Yo no tengo vena ninguna de andalucismo, ni antes ni ahora. Por supuesto, me declaro no andalucista. Me molesta la palabra andalucismo. Pero que quede claro, repito, me molesta la palabra andalucista; no la palabra Andalucía, por supuesto. Posiblemente Andalucía existe, el país de Andalucía; lo que me interesa verdaderamente es lo que hay dentro de Andalucía, que es una cosa que se llama pueblo andaluz. Entonces, los planteamientos no son claros, a lo mejor es que yo estoy equivocado. Lo que me interesa es el destino de este pueblo, sin que la constatación de las causas dé la razón de su postergación en relación con los demás pueblos de España y naturalmente al enfocarlo esto y el buscarle una salida. Yo no sé buscar una salida si no es en función de una ideología. Entonces, mi propia ideología socialista me hace enfocar este tema del pueblo andaluz, el tema de los trabajadores andaluces; que en esa constatación importa mucho lo que ha sido de negativo el centralismo, de acuerdo; pero también hay que llevar un poco de cuidado porque ahí puede haber también un poquito de trampa. Los males que el centralismo ha infligido a Andalucía no hubieran sido posibles, en absoluto, sin la complicidad de dentro de Andalucía. Es decir, que si el pueblo andaluz hubiera tenido unas clases dirigentes, conscientes de los intereses del pueblo y conscientes a ese nivel de clase dirigente, si ellos hubieran querido, hubiera existido una nueva burguesía andaluza y tal vez la historia hubiese sido distinta. Donde existió, como en Cataluña, creó una personalidad, la catalana. La burguesía catalana sí hizo su revolución burguesa y la burguesía catalana cumple su función; crea, contra la realidad política si se quiere, la conciencia nacional catalana. Para la profundización de la conciencia nacional si ésta está colonizada, mucho mejor se ahonda en la realidad. Y esto es lo que pasa. Entonces, desde esa realidad que nadie puede negar, el problema de la emergencia de las clases subordinadas bien está que se realice en todos estos esquemas nacionalistas; pero, donde esto no fue así, lo que no se puede, yo no digo si es bueno o si es malo, es dar marcha atrás. Lo que me parece totalmente impensable, de una manera o de otra, es que quienes nos decimos representantes de los trabajadores, vayamos a querer ahora hacer nosotros el papel que no cumplieron los burgueses y empezar por crear ahora un sentido de nacionalidad. Quien diga que esa nacionalidad andaluza la debe hacer aquí la clase trabajadora está diciendo una cosa que es totalmente incoherente. Porque la clase trabajadora, repito, puede aceptar el marco nacional, que se ha creado, al margen de ella; pero lo que las

clases trabajadoras no pueden hacer en ninguna parte es entreverse en crear un marco nacionalista que les distraiga de sus reivindicaciones de clase.

"La solidaridad se tiene que traducir en reivindicación"

—Entonces, yo creo que es cierto que hay un proceso en marcha y que nosotros somos conscientes de que no se puede separar hoy la lucha por la liberación de las clases subordinadas y la lucha de los pueblos subdesarrollados, que son luchas paralelas y que tienen cierta unidad. Por lo tanto, lo que se va a crear, y es bueno, es una voz. Todos debemos estar ahí ayudando y en nombre de aquello en lo que creemos. Por supuesto que bajo ese condicionamiento de la solidaridad, que está muy claro y que en el caso del pueblo andaluz la solidaridad se tiene que traducir en reivindicación. Porque nosotros ahora tenemos muy poco que ofrecer.

—Según usted, los movimientos nacionalistas nacen solamente de la burguesía, ¿no pueden aflorar, en un momento determinado, de las clases trabajadoras?

—Yo no sé si puede o deja de poder. Pero me parece que nos acosa y nos apremia ahora una serie de problemas que no permiten entrar en esas disquisiciones o en esos experimentalismos. Yo entiendo que los movimientos nacionalistas los han hecho las clases burguesas.

—¿Qué van a pensar las clases trabajadoras andaluzas cuando en la Constitución a Cataluña se le denomina nacionalidad, que eso pueda significar unos privilegios de unos pueblos con respecto a otros, y las ocho provincias andaluzas queden simplemente como una región?

—Si se refiere al tema constitucional, creo que no. Reconocemos que en la Constitución no se dice quiénes son nacionalidades y quiénes regiones. Todo eso está muy sin madurar; no se ha hecho con una formulación rigurosa, en

absoluto; es una escapatoria para no comprometerse en definir lo que es nacionalidad y que pueda dejar contentos a todo el mundo, al que se sienta nacionalidad y al que se sienta región. Pero, en definitiva, no es una cuestión semántica exclusivamente. El problema está en que no podemos permitir que a Cataluña o a Euzkadi se le den unos privilegios que no se le den a Andalucía.

—En cualquier caso, el término nacionalidad o región se lo autoaplicarán los distintos Estatutos de Autonomía. En este sentido, parece que Cataluña y Euzkadi, por ejemplo, sí se definen como nacionalidades; parece que Andalucía no va a incluir el término nacionalidad en su Estatuto.

—Bueno, eso lo tendrá que decir el pueblo andaluz. En ninguna parte figura que nacionalidades "a priori" sean tales y cuales. El pueblo andaluz tendrá que aprobar su Estatuto y decidir esta cuestión.

—¿Qué opina sobre la denominación País Andaluz?

—¡País Andaluz! La palabra no me molesta. No es sustancialmente importante el llamarse país, región, Andalucía. Lo importante es el pueblo andaluz. Si lo de País Andaluz es útil, es bueno para el pueblo, si se me asegura que es así, pues no tengo inconveniente incluso en ponerme un cartel e ir por la calle anunciando el País Andaluz.

Blas Infante

—¿Qué significa para usted Blas Infante y su obra?

—Para mí, Blas Infante, esto es una cosa que he repetido en muchas ocasiones, es una de las pocas personas que yo admiro en la Historia. Me produce verdadera emoción. Quizá es que yo sea un romántico, un idealista, pero me interesa mucho el hombre como tal, la persona humana. Entonces, a mí me emociona hasta las lágrimas y, por lo tanto, todo lo que diga es bajo ese enorme respeto a la figura de Blas Infante. Hacen falta muchos Blas Infante en cada momento. Blas Infante fue además vilmente, no fusilado, sino ta-

chao. Es lo que hizo el sistema con tantas cosas, tacharlas. Blas Infante fue desnaturalizado. Yo podría contar muchas cosas, porque hay una persona de su familia a la que le tengo mucho afecto. Eran niños como de mi edad y hasta la explicación que había que dar a ese nivel doméstico sobre aquel asesinato estaba condicionada por aquellos momentos; es decir, que hasta para presentar esto a los propios hijos había unos condicionamientos ya deformadores. Y esto es trágico. Por lo tanto, repito, Blas Infante me merece un respeto en cuanto a su enorme valor y entrega a Andalucía y al pueblo andaluz. Por supuesto que es la figura que pasará a la Historia.

—Pero lo mismo que digo todo esto, también debo decir que Blas Infante no profundizó mucho en el tema. Y no lo digo en el sentido despectivo. Yo soy uno de los que piensan que los hombres no deben morir de viejos, sino de niños. Entonces, creo que hay bastante puerilidad en los planteamientos de Blas Infante. Hay un poco de fetichismo en algunas cosas; una indecisión sobre qué caminos tomar para profundizar; esa tentación de lo islámico, un poco de pastiche, incluso a nivel arquitectónico. Todo esto no es para mí, por supuesto, desprestigiar una figura. Yo en la presentación de la reedición del *Ideal Andaluz*, con un prólogo magnífico de Tierno Galván, tercié un poco en aquella polémica entre la tesis de Tierno que, según escribe, está tentado de llamarle compañero, presentándolo como socialista, como propenso al socialismo, mientras que Antonio Burgos mantiene que Blas Infante es el hombre de la Andalucía interclasista.

—Para otros (como J. A. Lomba, que también escribe la introducción al *Ideal Andaluz*), Blas Infante está cercano al anarcosindicalismo.

—No sé. El reaccionó como hombre decente, preocupado por la realidad tangible, que la constataba incluso a sus niveles profesionales. Pero no sé hasta qué punto profundizó en los problemas del campesinado, de las condiciones de vida del pueblo andaluz. Sin embargo, se le escapa el distinguo entre el derecho de propiedad y el derecho a la propiedad, que tiene una etiqueta totalmente socialista. Esto es lo que se me ocurre decir dentro de mi enorme respeto y admiración hacia esa figura.

"Se crea una voz andaluza"

—¿Piensa usted que los órganos preautonómico primero y después el autonómico servirán para liberar al pueblo andaluz?

—En relación con la preautonomía, no se va a notar absolutamente en nada con respecto a los graves problemas. Es, por otra parte, lamentable que la misma prensa que ha estado atosigándonos a los parlamentarios, concretamente a los del PSOE, de que estábamos, como siempre, hacien-



Plácido Fernández Viagas: "Soy un hombre al que ha preocupado y entusiasmado la unidad de la izquierda".

OFF SHORE

COLONIA
CLASIFICADA

'S'

CUYO CONTENIDO
PUDIERA ATENTAR LA MORAL
Y BUENAS COSTUMBRES



PRODUCIDA y REALIZADA
by **VICTOR**

EAU TOILETTE - EAU TOILETTE ATOMIZER - AFTER SHAVE LOTION - COLOGNE DEODORANT - SHOWER FOAM - SUN CREAM



do política partidista, esa misma prensa, el mismo día que se firma la preautonomía dice que no es lo que quería el pueblo andaluz, que se ha frustrado. No lo entiendo. Porque precisamente eso era lo que provocaba nuestra resistencia y por eso hemos tardado en firmar.

—Lo importante es que por primera vez se crea una voz andaluza, un poder político. No me importa ahora que esté nutrido o desnitrado. Que sea después capaz o no de actuar, eso ya no lo sé, pero ahí tenemos un poder político andaluz. También es verdad que el periodo que tenemos es muy corto. En cuanto la Constitución esté en la calle y podamos poner en marcha el Estatuto de Autonomía sobre la mesa de las Cortes y se apruebe, entonces comenzará la verdadera autonomía que hayamos sido capaces primero de idear y después de hacer pasar ante Madrid. Pero durante este tiempo, a mí me parece que eso de la relatividad de las cosas no nos debe paralizar. Por supuesto que si estoy en esto de alguna manera, yo no voy a aceptar el estar ahí para ir cubriendo una etapa, para que el Gobierno siga ganando tiempo; y de ninguna manera vamos a utilizar ese instrumento en los estrictos términos jurídicos. En esa trampa quisiera que no cayéramos. A mí, por el contrario, lo que me tienta profundamente es la posibilidad de intentar aprovechar esa voz que te dan para hacer un poquito o bastante.

—Usted, por supuesto que cree en la solidaridad de los pueblos.

—Sí, claro.
—¿Podrá haber solidaridad entre los pueblos con unas autonomías, dominadas en unos sitios por socialistas, en otros por ucedistas, en otros mitad y mitad? ¿Este problema no provocará que el crecimiento de los pueblos más ricos vaya en aumento, mientras los demás sigan igual?

—Ese es el gran tema, junto con otro que yo completaría: cómo se orquesta todo esto. Primero, con la formación de la voluntad, la creación de unos órganos colectivos. Después cómo esa voluntad, colectivamente formada, entra a confrontarse con otras voluntades regionales cuando por medio está un Estado, donde hay un Gobierno con unos y no coincide con otros Gobiernos regionales. En Andalucía, por ejemplo, no puede tener un mismo planteamiento si es mayoritario un partido socialista y además el Gobierno central es socialista, pero no nos engañemos, ese no es el caso. Esto va a ser una experiencia nueva. El grave problema es que se crea que para lo único que va a servir esto sea para frustrar, para frenar, concretamente en regiones como la nuestra, en lugar de plantear una política de envergadura frente a un Gobierno de signo distinto. Sin embargo, yo creo que la Constitución nos va a dar muchas cosas resueltas para el periodo autonómico: lo que va a ser exactamente la caja de com-

pensación, los impuestos que se ceden o los que no... Esto no figura todavía en ninguna parte. A pesar de todo, hay un trecho en el que todos los partidos podemos andar en común, recorrer juntos, trabajando por Andalucía.

La defensa de la identidad andaluza

—Usted decía que, como socialista, iba más allá de Andalucía; los mismo que un extremeño, un gallego... ¿pero realmente los socialistas de los pueblos más prósperos están también en eso?

—Por la experiencia que yo tengo, a mí me parece que sí, que están en eso. Hemos tratado juntos estos temas y yo pienso que sí. También hemos hablado de las minorías desplazadas, de cómo defender la igualdad de las minorías desplazadas que no se recoge para nada en la Constitución y era una cosa que nosotros reservábamos al poder judicial, con lo que conlleva el problema de los andaluces en Cataluña, el problema de la lengua, la educación... Hay problemas muy difíciles, reconozcámoslo. Con respecto a la lengua, hemos estado sosteniendo los partidos de la oposición que el derecho a la lengua es un derecho primario. Y ahora, ¿qué pasa? Naturalmente que el catalán tiene derecho a su lengua. Pero a mí me preocupa mucho el tema de la condición de andaluz. Y hay una trampa que consiste en decir: conseguir que el andaluz que trabaja en Cataluña sea igual a los catalanes. Pero a eso hay que darle un poquito la vuelta, es decir, no vaya a ser el andaluz tan igual que se nos convierta en catalán. Para nosotros debería ser fundamental la defensa de la identidad andaluza. Da la sensación de que muchos, incluso andalucistas, dan perdido eso.

—Es la novena provincia andaluza.

—Sí. La novena provincia, que además se va renovando continuamente hasta que paramos el chorro y entonces hayamos conseguido una victoria. Pero no se trata sólo de parar el chorro, sino de no dar por perdidos a los andaluces de la novena provincia.

—¿Qué se puede hacer?
—¡Eso digo yo...! Habrá que estudiar una fórmula. Lo que no se puede es olvidar el tema.

La unidad de la izquierda

—¿Qué otros temas le preocupan?

—Sobre esto no se puede decir nada nuevo. No hace falta repetir cuáles son los graves problemas de Andalucía: el paro, la emigración... Pero a mí me preocupa mucho el problema de la información. Será más fácil resolver las cosas en la medida en que el pueblo esté informado. El problema,

por ejemplo, de los medios de comunicación social, que sean auténticamente andaluces. Para mí esto tiene mucha importancia.

—Por otra parte, me preocupa la unidad, la unidad de la izquierda. Yo soy hombre al que le ha preocupado y le ha entusiasmado la unidad de la izquierda. Nadie está en posesión de la verdad. Qué duda cabe que estos hombres que resucitaron la bandera de Andalucía, el himno, que pusieron su acento en lo andaluz, se acuerdan ahora de ello y hacen bien. Yo creo que todos son sinceros. En definitiva, que el pedir ahora a un partido que se despreocupe de la cosa electoral quizá sea pedirle perlas al olmo. Pero se debería conciliar todo esto para encontrar tres o cuatro grandes temas, en los que seamos al menos capaces durante cierto tiempo de tener un pacto tácito de no agredirnos, de encontrar un lenguaje común a unos niveles elementales, esquemáticos, de supervivencia, para reaccionar juntos en nombre de los trabajadores. Y tampoco sería conveniente enfrentarnos con la derecha, sino tener las opciones claras de cuál puede ser un planteamiento andalucista de la derecha y cuál el planteamiento global de las clases trabajadoras andaluzas. Sepamos fundir, sintetizar esto y entonces estaremos en condiciones de encontrar un territorio común por un poco de tiempo, incluso con la derecha a la vez. Así podremos encontrar la definición por exclusión de cuáles son las actitudes no andaluzas. Encontramos unas grandes formulaciones. Es decir, que se pueda opinar de muchas cosas, pero que sepamos las cosas que se pueden hacer y las que no se pueden hacer. Y lo que se puede hacer es esto y esto. Vamos a ser capaces de encontrarlo y después a transmitirlo.

—¿Hay voluntad de acción en común?

—Quiero pensar que la hay y quiero pensar también que si no encuentran eso los hombres de buena voluntad, tendría entonces que replantearse toda esta cuestión. Hay que echarle a esto mucho entusiasmo, mucha ilusión, mucha verdad y no olvidarse, por supuesto, de que hay unas elecciones municipales, unas elecciones legislativas, que vamos a ganar, pero hasta qué punto no podemos separar una parcela en la que trabajar en común.

Una llama de esperanza

—¿Qué peligros corre la izquierda, concretamente el PSOE, de quemarse al ponerse al frente de un Gobierno andaluz, que difícilmente va a poder resolver los graves problemas que tiene planteados el pueblo?

—Primero, que ni siquiera es ético plantearse ese tema. A mí no me preocupa eso, porque no me reservo para nada. ¡Quemarnos! Yo es que creo que además no

nos vamos a quemar. Tengo el presentimiento de que no nos vamos a quemar si sabemos conectar con el pueblo, ir diciéndole la verdad, exclusivamente la verdad. Y creo que hay fórmulas para empezar, para ir interesando al pueblo, que se encuentra ahora realmente desconfiado, como viéndolas venir. Claro que la economía está muy mal. Si se consiguiera encender esa llanita de ilusión, de esperanza...

—Para que esa llanita de esperanza, de liberación, permanezca encendida, ¿no cree que habrá que hacer reformas profundas, como la reforma agraria, por ejemplo?

—Lo que pasa es que este es un tema que hoy día no me gusta tocarlo. Claro que los problemas que no se solucionan en su momento, y no es que estén ahí vividos como hace cuarenta años, los tenemos ahora. Entonces, hay que replantear ahora, por supuesto, la reforma agraria, que es indispensable. Lo que ocurre es que es un tema en que en el periodo preautonómico no se puede incidir mucho, aunque sí se puede ir preparando. La resolución de los males de Andalucía no se puede hacer al margen de la reforma agraria.

—Otro de los graves problemas del pueblo andaluz ha sido la represión, el dominio caciquil de los pueblos. ¿Cómo ve usted ahora la situación?

—¡Menudo tema! Porque un tema es la represión de la dictadura y otro tema la represión del pueblo a través de los siglos. El otro día en las mesas que pusimos en La Encarnación pasaba por allí un hombre que miraba así, de soslayo, de esos que ves y dices; con este tío se puede hablar. Yo le paré y lo arrinconé allí contra un coche; el hombre se resistía a hablar. Y decía: "Mire usted, que tal...". Ya por fin me dijo: "Mire usted, que yo estuve quince años en el saco". Yo le dije que por eso mismo se habría detenido a pensar... Y ya cuando se marchaba veo que se lleva un librito que valía veinte pesetas, deja veinte duros, se vuelve y dice: "Bueno, que tengáis suerte", y sale corriendo. Y en fin, durante la campaña electoral fue una cosa que vivimos todos los partidos de izquierdas. Aquellos caciques que se ponían en la puerta del casino y esto bastaba para que la gente se negara a pasar por delante. Esa represión está absolutamente en la conciencia del pueblo andaluz. ■ A. R. E. (Fotos: RAFAEL DEBEN.)